

JOSÉ MARÍA MERINO, *Ficción perpetua*, Palencia, Menoscuarto Ediciones (Cálamo), 2014, 330 págs.

“Espero que la ficción siga ayudándonos a comprender mejor este mundo disparatado”, escribe José María Merino en los agradecimientos que inauguran este libro. En *Ficción perpetua*, continuación del ideario estético del escritor leonés expuesto ya en *Ficción continua* (2004), se concitan una serie de reflexiones del autor en torno a sus afinidades literarias. Con una prosa elegante y lúcida que incita al pensamiento, José María Merino traza en este ensayo crítico algunos de sus más significativos puntos de vista sobre la ficción literaria.

Estructurado en dos grandes bloques, la primera parte del volumen intitulada “en el país de todos los libros” agrupa una serie de charlas y ensayos que abrazan el arco temporal de 1992 a 2013. Por su parte, bajo el marbete “De autores y obras” en la segunda parte del ensayo, constituido por los artículos que se fueron publicando entre 2004 y 2012 en diversas revistas (principalmente en *Revista de Libros*), se ofrece un recorrido por principales escritores que han influido en su concepción sobre la literatura.

“Diez jornadas en la isla”, ensayo que inaugura el volumen, fue concebido como una charla en la que se evoca al enigmático e intrépido Robinson Crusoe, con el fin de fabular diez jornadas y con ellas diez libros memorables para Merino: la enciclopedia *Universitas* de Salvat, donde descubrió *El hombre de la arena* de E. T. A. Hoffmann o la leyenda de los nibelungos; la novela *Heidi* de Juana Spyri que rescata el tema del Paraíso Perdido y que hubo de leer a los seis o siete años; la melancolía de *El Quijote* que desterró al niño del mundo sin tiempo de la infancia; *El monte de las ánimas* de Gustavo Adolfo Bécquer, que se leía en voz alta ciertas noches en casa de sus padres; los cuentos maravillosos que rescatan arquetipos y mitos, como el *Sendebarr* o el *Calila y Dimna*, hasta llegar a Edgar Allan Poe, Nicolai Gogol, Valle-Inclán, Clarín, Guy de Maupassant, Julio Cortázar o Max Aub; las novelas de Scott, Dumas, Conan Doyle, Pardo Balán u Oscar Wilde; el hallazgo en su juventud de *El Rojo y el Negro* de Stendhal, con la pasión y el amor que le suscitaba *Madame de Rênal*; el descubrimiento de novelistas ingleses como Henry Fielding o Jane Austen; *La montaña mágica* de Thomas Mann; y la décima jornada que suma al barco la *Historia verdadera de la*

*conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, con las vivencias apasionantes de la epifanía de América. En síntesis, las diez jornadas que Merino rescata del naufragio configuran su mundo literario, una biblioteca de recuerdos en los que se evocan las primeras lecturas de la infancia y con ellas algunos de los temas que, a la postre, vertebrarían su universo ficticio.

En “Las fiebres de la ficción” Merino reflexiona sobre la anatomía de los sueños como principio creador de ficciones, pues desde los orígenes el ser humano ha de descifrar el caos universal ideando otros mundos repletos de fiebre y delirio. Merino hace explícita la contigüidad de la ficción con la noche, el sueño y la enfermedad, en tanto que invitan a las fabulaciones quijotescas, al sueño alucinado del Ingenioso Hidalgo cervantino. Esa enfermedad presente también en *La montaña mágica* o *La metamorfosis* implica desvincularse de la estética realista para abogar en pos de un universo insólito en el que creen Hans Castorp o Gregorio Samsa.

José María Merino, como Académico de la Lengua y gran amante de las lenguas del mundo, no olvida la multiplicidad lingüística como un tesoro riquísimo que se ha de preservar a través de la conformación de un imaginario simbólico y un elevado y diverso número de hablantes. El escritor retoma esta cuestión en la Ponencia leída en el III Congreso Internacional de la Lengua Española (Rosario, Argentina, 2004). Esa “identidad desatada” a la que Merino se refiere haciéndose eco de las palabras del canónigo de Toledo cervantino, implica una diversidad de tradiciones lingüísticas, que lejos de derivar en un empobrecimiento banal de la cultura, ha de conducir a “un territorio plurinacional de nuestra lengua”. Ahondando en esta concepción, Merino cree en los territorios fronterizos de la literatura, en los géneros que se bifurcan creando una suerte de “identidad y mestizaje”.

Contra la idea de una tradición de la literatura realista que arrastra la historiografía española desde las conceptualizaciones de Menéndez Pelayo, José María Merino cree en los mundos alternativos que en la ficción científica o ciencia ficción propone Isaac Asimov. Merino recobra el concepto de “ciencia-ficción” como categoría cuyo antecedente directo se alberga en el *Frankenstein* de Mary Shelley (1818). El escritor leonés ofrece un recorrido cronológico por las principales obras que se alzan como hitos de la ficción científica: *La ciencia ficción española* (2002); *Antología de la ciencia ficción española, 1982-2002* (2002) de Julián Díez; *Teoría de la Literatura de*

*Ciencia Ficción. Poética y retórica de lo prospectivo* (2010) o *Prospectivas. Antología del cuento de ciencia ficción española actual* (2012), ambos estudios de Fernando Ángel Moreno. Puede apreciarse entonces un hecho irrevocable: Merino ofrece al lector una guía sobre la ficción científica que, al hilo de su reflexión, aporta ejemplos de obras teóricas para configurar un somero corpus bibliográfico sobre el género.

Ese mundo de los sueños que postula Calderón de la Barca se torna riquísimo allende los mares, es decir, en el continente Latinoamericano, con las fantasías que descubren García Márquez, Rulfo, Borges, Bioy Casares, Cortázar o Arlt. En este sentido, Merino denuncia los prejuicios que en España existen en contra de la literatura fantástica, si bien su reflexión arroja luz y optimismo al recordar a autores que, de manera creciente, están publicando sobre fantasía: Luis Guarner con *Antología de la literatura fantástica española* (1969), David Roas con *El castillo del espectro. Antología de relatos fantásticos españoles del siglo XIX* (2002), Juan Molina Porras con *Cuentos fantásticos en la España del realismo (1869-1905)* o Lola López Martín con *Penumbra. Antología crítica del cuento fantástico hispanamericano del siglo XIX (1865-1905)*, publicado en 2006.

José María Merino, uno de los más prolíficos y excelsos cuentistas de las letras españolas contemporáneas, no puede dejar de dedicar en espacio en esta obra al olvidado arte de contar, es decir, a la oralidad como motor creador de ficciones, reivindicando el mundo popular de las tradiciones y las narraciones orales que ha sido denostado por una visión canónica y pretendidamente “culto” del hecho literario. En el ensayo de Merino sobresalen los nombres de sus dos amigos y escritores Juan Pedro Aparicio y Luis Mateo Díez, quienes rescatan el arcano *filandón* (reunión de personas en torno al fuego para contar historias en el frío invierno leonés), tradición que homenajean en la conferencia homónima.

“Los límites de la ficción” están presentes en el pensamiento de Merino, quien discute categorías como metaliteratura, metanovela o metaficción. Para ilustrar estos conceptos recurre a su obra *Novela de Andrés Choz*, en la que aflora el elemento metafictional en la medida en que el personaje Andrés Choz vive en la ficción escrita por él mismo. Otros ejemplos de ficción en la ficción son *Continuidad de los parques*, de Julio Cortázar, o *Una canción del ser y la apariencia*, del holandés Cees Nooteboom. Es así como sueño, teatro y vida forman un tríptico configurador de arquetipos desde la noche de los tiempos,

tal como atestigua la epopeya babilonia de *Gilgamesh* en la que el héroe sueña que se hará amigo de su adversario Endiku.

Merino dedica un amplio espacio al narrador del Quijote y a las posibles modulaciones de la voz en novela, ahondando en los personajes creados por Cervantes, y la supuesta locura del Ingenioso Hidalgo. La idea que se deduce de las reflexiones del escritor no puede ser otra: Don Quijote cree en la ficción como arma poderosa para derrotar a una realidad desilusionada e insulsa. Esa superación de lo real ofrece un modelo de mundo que se convierte en la tesis vertebral de *Ficción perpetua*: desde que el ser humano ha adquirido conciencia como *homo sapiens*, precisa de la ficción para ordenar el caos de la realidad.

La primera parte del volumen se cierra con cinco reflexiones sobre la lectura a la luz de la contemporaneidad y con ella la crisis de la palabra escrita en el apogeo de una realidad virtual, la lectura como territorio de lo que sentimos o el problema de las posibles “adaptaciones” de obras literarias a un público infantil, sin que redunde esta transformación en detrimento de la calidad literaria.

Estableciendo un vínculo con la segunda parte del volumen, sería trabajo muy arduo y poco esclarecedor el de glosar con una precisión absoluta el compendio de obras y autores que José María Merino rescata en la segunda mitad de su ensayo. Más bien es preferible incidir en el carácter misceláneo de las obras sobre las que el escritor leonés ofrece una visión crítica, pues abordan distintos géneros (cuento, novela, ensayo, estudios críticos) en un amplísimo espectro temporal (desde la remota *Odisea* hasta obras más recientes del siglo XX).

En su configuración literaria tiene sentido rescatar los estudios sobre la novela de García Gual (*Los orígenes de la novela* de 1972 y *Primeras novelas europeas* de 1974), pues Merino es fundamentalmente un narrador, un fabulador de ficciones y no solo de cuentos sino también de relatos de mayor extensión como son las novelas. El interés de estas obras no radica tanto en rescatar las ideas del autor, García Gual, como en trazar un recorrido tipológico desde la génesis de la novela occidental y los temas vertebrales de la misma (el viaje de aventuras), hasta la evolución del género que llegará a su máximo apogeo con Cervantes. En una línea interpretativa distinta, Merino encuentra en *Orígenes de la novela* de Menéndez Pelayo las referencias a las viejas historias del *Calila e Dimna*, el *Sendebâr*, el

*Barlaam y Josafat* o *Las mil y una noches*, como bases culturales y temáticas del relato occidental.

Un motivo relevante en el imaginario del escritor es el del doble en la tradición cuentística, pues Merino se fija en los detalles de la sombra o el reflejo del agua como las primeras imágenes que el hombre primitivo pudo contemplar de sí mismo. Esos símbolos inefables llegaron a su culmen en el siglo XIX y se postergaron en el XX con los estudios de Sigmund Freud y Otto Rank, para tomar consciencia de que lo misterioso y desasosegante del doble no está en lo desconocido o en lo lejano sino en nosotros mismos.

Merino desgrana reflexiones en torno al apócrifo *Guzmán de Alfarache* de Mateo Luján, o en torno a los cuentos de Chéjov, como “La corista”, pues las historias del escritor ruso se perfilan vivos testimonios de las inquietudes existenciales del ser humano. Tampoco falta la figura de Guy de Maupassant como cuentista y viajero que trata en sus obras temas decimonónicos como el adulterio o las ilusiones perdidas, propias también de los personajes dickensianos como en *David Copperfield*. Otros autores de relieve para Merino son el Unamuno cuentista, Enrique Jardiel Poncela con las novelas *Amor se escribe sin hache. Novela casi cosmopolita* o *¡Espérame en Siberia, vida mía!*, la narrativa de Álvaro Cunqueiro o *Corazón* de Edmundo de Amicis. Ese proceso selectivo en el que Merino se ejercita supone también un reconocimiento en los autores que ha leído y en los que el escritor puede dilucidar algunas claves de reconocimiento como espejos de su propia escritura.

CARMEN MARÍA LÓPEZ LÓPEZ  
*Universidad de Murcia*